

# Notas sobre el carácter nacional español. El caso de los Diarios de viaje por España de George Ticknor

(Notes on the Spanish national character. The case of the Spain travel Diaries by George Ticknor)

Martín Ezpeleta, Antonio  
Univ. de Jaén. Dpto. de Filología Española. Edificio A-3.  
Paraje Las Lagunillas, s/n. 23071 Jaén  
anmartin@unizar.es

BIBLID [1137-4454 (2010), 25; 241-265]

Recep.: 02.12.2009  
Acep.: 05.10.2010

---

*El presente trabajo propone, tras la breve presentación de George Ticknor y sus Diarios de viaje por España, el estudio de la descripción del carácter de los españoles que el autor, siguiendo los postulados teóricos del Volksgeist, elaboró a partir de sus propias vivencias en la España de 1818.*

*Palabras Clave: Carácter nacional español. George Ticknor. Diarios de viaje por España. Historiografía literaria española.*

*George Ticknor eta haren Espainian zeharreko bidaia liburuak laburki aurkeztu ondoren, idazle horrek, Volksgeist-en oinarriei jarraiki eta 1818ko Espainian izandako bizipenen arabera, espainiarren izaeraz egin zuen deskripzioaren azterketa bat proposatzen du lan honek.*

*Giltza-Hitzak: Espainiar izaera nazionala. George Ticknor. Espainian zeharreko bidaia liburuak. Espainiako historiografia literarioa.*

*Ce travail propose, après la brève présentation de George Ticknor et ses Journaux de voyage dans l'Espagne, l'étude de la description du caractère des espagnols que l'auteur, en suivant les postulats théoriques du Volksgeist, élabora à partir de ses propres expériences dans l'Espagne de 1818.*

*Mots-Clés : Caractère national espagnol. George Ticknor. Journaux de voyage dans l'Espagne. Historiographie littéraire espagnole.*

A estas alturas ya sabemos que el carácter nacional, entendido como esencia definitoria de un pueblo y su cultura, no deja de ser el resultado de un planteamiento torticero que procura un baremo moral y estético para explicar sesgadamente el devenir de los pueblos y la razón última de sus obras<sup>1</sup>. Este planteamiento, claramente ubicado en las ideas filosóficas idealistas alemanas y el movimiento del Romanticismo, se basa en la aplicación de un método deductivo que, a partir de la recopilación de ciertas características consideradas relevantes y exclusivas del pueblo en cuestión, proporciona una definición del mismo. Su rendimiento a lo largo de la historia ha sido extraordinario en toda Europa.

Pensando ya en el caso español, muy pocos estudiosos del XIX y parte del XX fueron capaces de sustraerse a este planteamiento hegemónico a la hora de indagar en la historia y cultura españolas. Como es sabido, entre los primeros se encontraban muchos eruditos extranjeros. Su particular mirada de *outsiders* condicionó claramente sus conclusiones; pero el hecho de que sus obras fueran en muchos casos pioneras y contaran con una gran difusión también repercutió en las posteriores conclusiones de los estudiosos españoles. Esa mirada ingenua del extranjero es, pues, la que fundamenta una buena parte de las ideas que se han venido repitiendo en torno al carácter nacional español<sup>2</sup>.

---

1. Este trabajo forma parte de un estudio más amplio sobre los profesores del Departamento de Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Harvard, proyecto principal de mi beca postdoctoral Fulbright / MEC que he desarrollado en la Universidad de Harvard, asesorado por el profesor Luis Fernández Cifuentes. Asimismo, este estudio se enmarca en el proyecto de investigación sobre Historiografía literaria española dirigido por el profesor Leonardo Romero Tobar (Universidad de Zaragoza).

2. La bibliografía secundaria sobre este asunto es abrumadora. Para el caso historiográfico, pueden verse, entre muchos otros, los libros de Juaristi (1992), Fusi (2000), Onaindía (2002), Wulff (2003) y especialmente el de Álvarez Junco *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (2001), que también se detiene en las cuestiones literarias. Sobre la teoría del nacionalismo, es interesante el estudio de Anderson *Comunidades imaginadas* (1993), a pesar de que sus conclusiones se basen en naciones del continente asiático, muy lejanas, pues, de los avatares sociopolíticos de Europa y España; además de los de Gellner (1988) o Habermas (1989), por citar algún otro representativo. La reflexión sobre la literatura y el concepto de nación ha experimentado un importante auge en los últimos años, sobre todo de la mano de la Teoría de la literatura, que nos ha dejado agudos planteamientos, como los de Even Zohar (1994) o los reunidos en obras colectivas como las de Labanyi (ed., 2002), Abuín González y Tarrío Varela (eds., 2004), Beltrán y Escrig (eds., 2004), Romero López (ed., 2006) o Romero Tobar (ed., 2004, 2008). Sobre el concepto del carácter nacional español, son básicos los estudios de Caro Baroja (1970), Maravall (1961), Ramos Corrada (2001) o Abad Nebot (1983), quien repasa pormenorizadamente las caracterizaciones más importantes que la literatura española (las de Menéndez Pidal [1951] o Dámaso Alonso [1978], por ejemplo) ha recibido. Un estado de la cuestión sobre este espinoso concepto del carácter nacional puede verse en la excelente tesis doctoral de Pérez Isasi *Identidad nacional e Historia de la literatura española (1800-1939)* (2008: 35-90; cfr. mi libro *"Historias literarias" de los escritores de la Generación del 27*: Martín Ezpeleta, 2008a: 56-65; agradecemos a Santiago Pérez Isasi que nos haya facilitado una copia de su tesis inédita, así como su inestimable ayuda para que este trabajo llegara a buen puerto). En fin, sobre la idea de literatura nacional española, tan sólo cito ahora algunos trabajos fundamentales, como los de Baasner (1995), Fox (1997), Mainer (2000), Pozuelo Yvancos (2000), Romero Tobar (2006)... Un buen repertorio bibliográfico sobre todas estas cuestiones se puede encontrar en la obra colectiva *Historia literaria/Historia de la literatura* (Romero Tobar, ed., 2004: 421-457).

Así pues, a la hora de valorar desde un punto de vista historiográfico los estudios sobre España y su cultura, el análisis de los trabajos de estos autores extranjeros es interesantísimo. Este es el caso de George Ticknor (Boston, 1791-*íd.*, 1871) y su *History of the Spanish Literature* (1849), considerada la primera *Historia literaria española* como tal (se tradujo al español entre 1851 y 1857 en cuatro volúmenes y fue reeditada en numerosas ocasiones). Contamos con varios estudios sobre esta importante obra y sobre su autor<sup>3</sup>, el primer catedrático de Lenguas y Literaturas Romances en Estados Unidos (en Harvard) y, entre otras cosas, filántropo al que se debe en gran parte la fundación de la primera biblioteca pública en Boston. No obstante, una de las facetas más interesantes de su vida, su condición de viajero romántico por España, nos depara unos diarios de viaje escritos en suelo español entre abril y octubre de 1818 que no han sido suficientemente estudiados. En estos diarios, a los que nosotros nos referimos como Diarios de viaje por España<sup>4</sup>, Ticknor nos ofrece, como inmediatamente veremos,

---

3. En el ámbito hispánico, el interés por George Ticknor se ha reducido básicamente al estudio de su importante *Historia literaria*, que ha recibido la atención de numerosos investigadores pertenecientes al campo de la Historiografía literaria española, entre los que se encuentran, además de los últimos citados en la nota anterior, otros como, por ejemplo, Fernández Cifuentes (2004), Núñez y Campos (2005) o Pérez Isasi (2008: 221-250), y a los que hay que añadir los pioneros estudios sobre esta *Historia literaria* realizados al otro lado del Atlántico por Dewey (1928), Hillard (1850), Hart (1954) o Rathbun (1960). Desde el punto de vista de la historia de los intelectuales norteamericanos, la figura de George Ticknor ha sido muy bien estudiada y se le ha incluido en el grupo más selecto de estos. El mejor trabajo que conozco a este respecto es el que conforman los dos largos capítulos que le dedica Jaksic en su estupendo libro *Ven conmigo a la España lejana. Los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880* (2007: 79-172), que asimila toda la bibliografía producida sobre el autor, entre la que merece la pena destacarse la monografía de Tyack (1967) o el libro de autoría colectiva de Kagan (ed., 2002), y que además repasa documentación inédita del autor, custodiada en los Archivos de la Universidad de Harvard. Su papel como iniciador del hispanismo en Estados Unidos fue subrayado en el clásico estudio de Romera Navarro (1917: 43-53) o, entre otras referencias menos relevantes, como, por ejemplo, la nota del poeta Jorge Guillén de 1943 (1999: 659-671), en un artículo de Meregalli (1989).

4. En la actualidad me encuentro concluyendo la edición crítica y traducción de la parte de los diarios de viaje por España de George Ticknor. Las citas a esta obra remitirán sencillamente a los números de página provisionales de esta edición. Los manuscritos autógrafos en los que se basa la edición se encuentran microfilmados en la Biblioteca Widener de la Universidad de Harvard (los originales están custodiados en la biblioteca de la Universidad de Darmouth). Las antiguas ediciones de los diarios de viaje de George Ticknor por España, en inglés, son antologías de los textos de Ticknor, por lo que queda cierto material inédito: cfr. George Ticknor, *Life, letters and journals of George Ticknor*, preparada en parte por George S. Hillard (primera edición, 1876; lo relacionado con el viaje a España se encuentra en Ticknor, 1968, I: 185-249) y la edición de Northrup *Ticknor's Travels in Spain* (Ticknor, 1913, que incluye una introducción). Cfr. la breve antología y traducción de Antonio Dorta titulada *Diario* (Ticknor, 1952; la parte dedicada a España en 70-79), que parte de la edición inglesa *Life, letters and journals of George Ticknor* (Ticknor, 1968). Sobre el papel de viajero romántico de Ticknor, contamos con varias referencias en los catálogos bio-bibliográficos de viajeros a España, como el clásico de Farinelli (1979) o el más reciente de García-Romeral Pérez (2004). Un buen acercamiento a la vastísima bibliografía sobre los viajeros románticos y la literatura de viajes se encuentra en Ortas Durand (2005), quien por su parte ha repasado algún episodio de los diarios de Ticknor en sus interesantes monografías *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)* (1999) y *Leer el camino. Cervantes y el "Quijote" en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)* (2006).

numerosas reflexiones sobre su particular visión del carácter nacional español. El hecho de que estas ideas fundamentaran en buena medida su influyente *Historia literaria* refuerza más si cabe la pertinencia de prestarle algo de atención a este asunto. Pero comencemos antes de nada presentando brevemente estos Diarios de viaje por España de George Ticknor.

## 1. GEORGE TICKNOR Y SUS DIARIOS DE VIAJE POR ESPAÑA

Antes de ocupar la primera cátedra de Lenguas y Literaturas Romances en Estados Unidos, George Ticknor inició un intenso viaje de formación por Europa. Tras su paso por países como Alemania, Italia o Francia, se dirigió a España, convirtiéndose en uno de los primeros viajeros románticos norteamericanos por la Península Ibérica, como luego lo fueron, por ejemplo, sus amigos Washington Irving o William H. Prescott. El propósito de este viaje era aprender *in situ* la cultura y explorar el carácter nacional de los españoles.

Su primer destino en Europa fue la Universidad de Gotinga, que marcó su manera de entender el estudio de las Humanidades. Aquí Ticknor asistió a las lecciones de uno de los mejores conocedores de la Historia de la literatura europea y sus métodos críticos, como era Friedrich Bouterwek. No fue el único historiógrafo literario que conoció en este viaje, pues también se relacionó con Ferdinand Wolf, entre otras personalidades de las letras, como ni más ni menos que Johann Wolfgang von Goethe. Como es sabido, Alemania era el centro ideológico del Romanticismo, y sus planteamientos teóricos calaron profundamente en Ticknor. En Gotinga conoció de primera mano las pioneras aplicaciones al estudio de la literatura de las ideas de los filósofos Herder y Schiller y sus teorías sobre el espíritu de los pueblos, el *Volksgeist*, y la emergencia de las naciones y sus literaturas nacionales.

Fascinado e inmerso en sus estudios en Gotinga, es cuando el joven Ticknor recibió la invitación formal de una cátedra de Lenguas y Literaturas Romances (español y francés) de Harvard, y a la que no supo qué contestar. Dejó en manos de su padre, Eliah Ticknor, la decisión enviándole dos cartas para el presidente Kirkland, una de aceptación y otra de rechazo, con la idea de que aquel eligiera una de las dos y se la hiciera llegar. Finalmente, Ticknor aceptó el puesto; pero con la condición de que se le permitiese seguir formándose un tiempo en Europa, donde aprendería bien las lenguas que iba a enseñar y adquiriría un número importante de libros –para lo cual le pidió recursos a Kirkland también– con los que completar un fondo bibliográfico de literaturas modernas, española especialmente. Lo explica el propio Ticknor en el prólogo de su importante *Historia literaria*, publicada en 1849 y traducida entre 1851-1857 –y sobre la que luego volveremos–, que comienza evocando el viaje por España de 1818:

En el año de 1818 recorrí mucha parte de España, y pasé algunos meses en Madrid: mi objeto al hacer este viaje fue aumentar los escasos conocimientos que ya tenía de la lengua y literatura de aquel país, y adquirir libros españoles, que siempre han sido raros en los grandes mercados de librería de la Europa: en algunos puntos, mi visita correspondió al objeto que me había propuesto, en otros no. Verdad es que algunos de los libros que más falta me hacían no tenían entonces la estimación y aprecio que ahora tienen en España, por causa sin duda de la situación violenta y anómala del país; y si bien es cierto que algunos literatos se hallaban en situación de complacer y auxiliar la curiosidad de un extranjero, también lo es que su número era muy corto, por efecto de las persecuciones políticas; y además era difícil entablar relaciones con ellos, porque vivían aislados, sin mutua comunicación y casi totalmente abstraídos del trato de la sociedad que los rodeaba (1851, I: I).

Efectivamente, Ticknor recorrió una importante parte de España desde abril a octubre de 1818 y tomó buena nota de todo lo que vio en una suerte de diarios de viaje. Estos diarios ofrecen abundantes referencias sobre la concepción de Ticknor sobre el carácter nacional de los españoles, como inmediatamente podremos comprobar.

Señalemos antes de terminar esta breve contextualización que los diarios de viaje por España de Ticknor emulan sus lecturas de los diarios de otros famosos viajeros románticos, como el francés Alexandre de Laborde o el alemán Christian August Fischer, y su pasión por España, misteriosa y peligrosa, como era considerada, y por su admirado carácter nacional. Estos diarios no sólo dan buena cuenta de sus aventuras por España (con pasajes muy novelescos, como veremos); sino que reflejan la España de 1818, que luchaba por recuperarse de la reciente Guerra de la Independencia.

Su reflejo del paisaje y paisanaje españoles, diferenciando perfectamente las provincias españolas por donde pasa (Barcelona, Lérida, Zaragoza, Segovia, Madrid, Sevilla, Granada...), nos presenta la mirada ingenua y curiosa de un joven Ticknor, que procura visitar e indagar en la historia de todos los lugares y monumentos emblemáticos españoles (Basílica del Pilar, Paseo del Prado, Alcázar de Segovia, El Escorial, Mezquita de Córdoba...), así como profundizar en el conocimiento del pueblo español, especialmente en las clases sociales bajas, donde se manifiesta más claramente el carácter nacional. Por esta razón y por su falta de educación y decoro, Ticknor no muestra tanto interés por la aristocracia, los políticos, la Corte o el propio Rey Fernando VII, a quien llega a conocer personalmente, y a los que critica durante su estancia en Madrid sobre todo. De estas clases sociales altas, como veíamos en la cita previa de su *Historia literaria*, sólo los pocos intelectuales españoles que se encuentra (José Madrazo, el Duque de Rivas, el historiador José Antonio Conde, varios académicos...) y el cuerpo de diplomáticos en España le merecen buena opinión, y con todos ellos disfruta aprendiendo el idioma y cultura de un país cuyo genuino carácter nacional le admira y apasiona. Estas y otras cuestiones nos ocuparán las siguientes páginas, dedicadas a estudiar con detalle el carácter nacional español en los Diarios de viaje por España de Ticknor.

## 2. EL CARÁCTER NACIONAL ESPAÑOL EN LOS DIARIOS DE VIAJE POR ESPAÑA

Como es sabido, el sintagma *carácter nacional* se enmarca en las teorías sobre las razas y origen de los pueblos y naciones del Romanticismo europeo. Su papel es fundamental en los discursos de la Filosofía idealista alemana del XIX con Herder a la cabeza. La idea es, como queda explicado, que cada pueblo posee un carácter genuino, rastreado en su historia y sus creaciones artísticas, que determina su destino como nación. Según veíamos, George Ticknor estudió estas cuestiones en la importante Universidad de Gotinga entre 1815 y 1817, donde aprendió con algunos de los primeros estudiosos que aplicaron estas teorías a los españoles y su literatura. En un artículo que publicó en la revista *North American Review* titulado "Amusements in Spain. Recollections of the Peninsula" (1825), donde principalmente reseñaba un libro de viajes por España de Moyle Sherer, *Recollections of the Peninsula* (1824; la primera edición es de 1823), Ticknor concluía que el mayor defecto de este libro era la falta de ahondamiento en la caracterización del carácter nacional, en lugar de la glosa de tantos sucesos o sensaciones personales del autor, un soldado a las órdenes del General Wellington<sup>5</sup>.

Este detalle de una reseña que ha pasado frecuentemente desapercibida no deja de poner de relieve el hecho de que para Ticknor la razón última de unos diarios de viaje por España pasa forzosamente por acometer la tarea de definir el carácter nacional español, verdadero eje de sus propios diarios. En efecto, ya desde las primeras páginas de sus Diarios de viaje por España, cuando apenas se maneja en español, comprobamos su deseo de perseguir el carácter nacional español y las cosas que más le llaman la atención de este: "Pero en cuatro o cinco días, con apenas la lengua española fijada en mi cabeza, pude procurarme poco provecho [...]. Intenté, no obstante, formarme una idea general de los habitantes y de su carácter" (p. 18).

Empecemos ya pues a analizar los rasgos que Ticknor señala del carácter nacional español. "El patriotismo" y "El catolicismo" son los primeros epígrafes temáticos de los Diarios de viaje por España de Ticknor. Iremos por partes.

---

5. Escribe Ticknor: "We wish, however, that he had spoken oftener and more at large of the Spanish national character, as it was exhibited to him amidst the various fortunes of the war of the peninsula, when it was brought out in so many ways. This character is, undoubtedly, one of the most strongly marked, and, in some of its appearances, the most picturesque in Europe; little known abroad, and often very wrongly estimated" (1825: 58). De hecho, Ticknor concluye rápidamente su reseña (1825: 52-59) para empezar a reproducir, medianamente retocadas, algunas páginas de sus diarios de viaje por España. Los fragmentos que selecciona versan sobre el acto social que supone la cita diaria en el Paseo del Prado de la gente elegante y sus caros carruajes, así como la gran fiesta nacional de las corridas de toros (1825: 59-78), que inmediatamente veremos.

## 2.1. Patriotismo

Cuando Ticknor visita una nueva ciudad acostumbra a echar la vista atrás y repasar su historia. Le interesa particularmente cuando esta presenta grandes luchas, remontándose normalmente hasta la época romana. Estas eufónicas palabras las escribe pensando en los aragoneses, para Ticknor acaso el ejemplo más notable del espíritu nacional, sintagma este último con que titula una digresión sobre ellos:

Rindo homenaje al espíritu del pueblo que defendió Zaragoza, pero soy consciente de que hay que buscar otras causas, además de las morales, para explicar tal fenómeno. Es el mismo espíritu que en el 536 entregó sólo un montón de ruinas de Sagunto a Aníbal, y en el 621 en Numancia, después de tres sitios, no rindió más que una población masacrada a Escipión. Este espíritu, que me siento satisfecho de haber conocido, ha existido siempre en España y nunca en otro país.

Este espíritu se pone de manifiesto en sus guerras, con los romanos, los godos y los moros. Se mostró meridianamente y en repetidas ocasiones en la Guerra de Sucesión, y todo español que conocía bien su país supo predecir la Revolución que estalló en 1808. Este es el espíritu moral de todas aquellas personas, quienes, aunque puedan ser humildes y abyectas en la relación con sus mandatarios nacionales, nunca se someten a la usurpación extranjera, sin importarles la forma que asuma. Pero no es suficiente explicación. Porque ¿cómo es que tienen la fuerza física necesaria para soportar este espíritu implacable? (pp. 26-27).

Como cabe esperar, Ticknor encuentra constantemente huellas de la terrible y reciente Guerra de la Independencia española (1808-1814), especialmente a su paso por Cataluña y Aragón (incluso descubre huesos humanos y piezas de cuero y metal de los uniformes de los soldados en un campo cerca de Zaragoza). Bajo el epígrafe “El patriotismo” su testimonio es impagable:

Una vez en Gerona, observé la catedral agujereada por las bombas y todavía luciendo señales de haber sido fortificada, y las calles enteras más o menos marcadas por la desolación de la guerra. Sentí que me encontraba entre una gente cuyo genio y carácter es diferente de cualquiera que haya conocido hasta ahora; ya que, aunque he estado en sitios donde se derramó mucha más sangre, no había encontrado nunca los rastros de un espíritu de resistencia como este (p. 13).

En su *Historia literaria*, Ticknor también destacó por encima de otras características del genio español su espíritu guerrero:

El primer acento de la Musa castellana es el eco del sentimiento popular, la primera piedra que sirve de cimiento a la literatura nacional es una voz que se oye entre combates y batallas, entre acometidas y algaradas; en una palabra, la primera composición de la poesía española es la expresión de la energía y heroísmo que animaba a la población cristiana, y la hacía acometer una lucha reñida de más de siete siglos, que debía concluir con la total expulsión de sus enemigos (1851, I: 10-11).

Efectivamente, se suele relacionar tópicamente el nacimiento del carácter nacional con los Reyes Católicos y la expulsión de los musulmanes. Sin embargo, como queda suficientemente claro en la *Historia literaria* de Ticknor, y en tantas otras del mismo tipo posteriores<sup>6</sup>, el verdadero apogeo del carácter nacional español sucede en la época de Carlos V, en cuya contextualización explica Ticknor en su *History of the Spanish Literature*:

En todos los países que hoy día rayan más alto en civilización y cultura intelectual, el periodo en que la literatura se ha fijado de una manera permanente ha sido también su periodo de mayor gloria como estados. La razón es obvia: reina entonces entre los varios elementos que componen el carácter nacional cierta animación y actividad capaces de producir una poesía robusta y una oratoria sublime, que siendo, como son, el resultado natural del fervor y entusiasmo del pueblo y estando marcadas fuertemente con el sello del carácter nacional, sirven de tipo y norma a las generaciones venideras y no pueden ser imitadas sino cuando la nacionalidad se halla otra vez movida y estimulada por las mismas causas (1851, II: 5-6).

No obstante, a nuestro parecer, merece la pena acentuar la diferencia en la concepción de este rasgo del carácter nacional de Ticknor, más claramente en sus Diarios de viaje por España, respecto de otros autores de que no se trata simplemente de un patriotismo entendido como imperialista; sino que siempre que el carácter nacional aparece en estos contextos bélicos es para defenderse del enemigo, para resistir la opresión, para expulsar a los intrusos. Se trata, pues, más de defensores aguerridos, que simplemente guerreros. Ticknor rememora en sus diarios ejemplos de esta abnegada defensa que van desde la resistencia de Sagunto y Numancia contra los romanos, pasando por la expulsión de los musulmanes, hasta la reciente Guerra de la Independencia española evocada. En varias ocasiones nuestro autor se interroga en sus diarios sobre el arcano poder del carácter nacional español que impulsa denodadamente al español en situaciones tan hostiles:

¿Y cómo es posible que la naturaleza humana pueda tener tal fuerza y resolución? Entiendo que un individuo pueda estar constituido con tal valor en su carácter físico y moral para ser capaz de hacer esto; pero aquí no era sólo un hombre o una centena, eran sesenta mil, donde no sólo no había ni un traidor ni un cobarde, sino ninguno que no se sintiera mentalmente firme y seguro, e infatigable e invencible físicamente. ¿Cómo se puede explicar esto? [...]

En resumen, [el español] está tan acostumbrado a privaciones y sufrimientos de todo tipo que puede soportar ser golpeado, mientras que un ejército de una nación más civilizada no puede aguantar ni las privaciones que siguen a una victoria. Por consiguiente, sólo debe evitar el desánimo. ¿Y quién ha visto alguna vez a un español desanimado? ¿Quién que conozca la historia de los sitios de Sagunto, Numancia y Zaragoza puede ni siquiera sospechar que el español pueda llegar a estarlo?

---

6. El repaso de las *Historias literarias españolas* a la luz del concepto de nación lo he desarrollado en "El concepto de *nación* en la Historiografía literaria española" (Martín Ezpeleta, 2008b).



El día que pasamos aquí no pude hacer otra cosa sino dar vueltas entre estas terribles ruinas; sentía que no había visto ni en Alemania ni en Italia nada que indicara un carácter como este (pp. 26 y 27).

Además, a Ticknor le gusta recalcar el hecho de que el espíritu nacional no entiende de política, que es un sentimiento más profundo que las eventuales circunstancias del estado. Así se desprende de este fragmento donde reconoce que el pueblo no puede ser comprado:

Era Villarta un pequeño pueblo de cuatrocientos cincuenta habitantes, situado en una llanura abierta, sin los mínimos medios de defensa. Aun así, aisló y destruyó en el transcurso de año y medio, como aparece en documentos auténticos, a más de tres mil doscientas tropas francesas, hasta que por fin, en 1810, fue completamente derribada como venganza, y todavía permanece siendo un mero montón de ruinas con escasamente ciento veinte habitantes.

El Rey está reconstruyendo la iglesia, y ha garantizado a la gente una exención de todos los impuestos durante diez años. Esto está bien, aunque si el Rey cree que tal lealtad puede ser comprada o recompensada, se equivoca. Debe de tratarse del irresistible impulso del carácter. Y este sólo puede ser correspondido por la agradecida y orgullosa reflexión de lo que ha hecho y sufrido. Más allá de los Pirineos no hay en toda Europa un monumento tal al carácter nacional y al rígido principio y sentimiento de la clase baja del pueblo (pp. 122-123)<sup>7</sup>.

Por lo demás, no hace falta subrayar el halo épico que estos pasajes confieren a la obra. En fin, tiempo después, al poco de abandonar España, recuerda Ticknor el carácter de los españoles y lo evoca echando mano de un proverbio popular que asegura que lo cifra de la mejor manera posible:

Los proverbios muestran el carácter y el estado general de la gente mejor que ninguna definición que conozca. Los españoles dicen: Un hombre non armado / es hombre que vale nada (1913: 52).

Pero sigamos con el otro aspecto nodal del carácter nacional español mencionado: la religión.

## 2.2. Religión

Este es, junto al patriotismo, uno de los primeros aspectos que Ticknor destaca del carácter nacional español en sus Diarios de viaje por España. No obstante, ahora se trata de una nota que Ticknor sanciona de forma negativa. Lo reconoce abiertamente cuando llega a Gerona, donde se sorprende de la gran relevancia del clero en la sociedad:

---

7. Efectivamente, la Guerra de la Independencia española (1808-1814) está constantemente presente en los diarios de viaje de Ticknor. Este es un ejemplo más: "En Bailén, o mejor dicho justo antes de entrar en él, me detuve un poco para ver el campo donde, el veintiuno de julio de 1808, Castaños ganó la primera batalla, que despertó el espíritu de todos los españoles y les dio aquel ánimo que nunca perdieron después" (p. 125).

Gerona, además, me dio mi primer vislumbre de otro aspecto menos positivo del carácter español. Me refiero a su esclavitud religiosa. Cuando caminaba por las calles, me topaba cada cuatro o cinco personas con un solemne clérigo con su larga capa negra y un sombrero portentoso, curvado en los lados de un modo muy característico y exclusivo. Vi a la gente de clase baja hacerle más reverencias de las que un fariseo hubiera exigido, y todo a mi alrededor indicaba la preponderancia de la autoridad eclesiástica sobre todas las demás (p. 13).

Poco más adelante, insiste en la misma idea, bajo un epígrafe intitulado “La religión”:

El fanatismo religioso del Norte que vi en Gerona ha sido diez veces confirmado aquí [Barcelona]. Las calles están llenas de monjes y curas, frailes de la orden de la Merced, franciscanos, carmelitas e inquisidores, “negros, blancos y grises, con todos sus artificios”<sup>8</sup>, por lo que casi parece que esta fuera la población de la ciudad. [...] Todo indica que la religión católica ha perdido menos influencia aquí que en ningún otro país en Europa (p. 18).

Estas ideas calaron hondo en la concepción de Ticknor del carácter nacional español, hasta el punto de que supone un asunto muy relevante en su *Historia literaria*, como brevemente vamos a explicar. En esta influyente obra Ticknor considera, como otros autores ya habían subrayado previamente, que el componente católico es fundamental para entender el carácter español. Pero una vez llegado aquí, Ticknor incluye un atenuante desmarcándose de las opiniones de otros historiadores de la literatura: acusa al movimiento intransigente de la Contrarreforma y la Inquisición, a la que también se refiere en los diarios, de ser el principal responsable de que el carácter nacional español se desviara de la tradición cristiana para convertirse en un “fanatismo fiero e intolerante”:

El espíritu del cristianismo, que había dado cierto colorido de magnanimidad y de heroísmo a las formas más rudas del entusiasmo militar, así como a las hazañas mismas del pueblo durante su larga lucha con los infieles, degeneró en un fanatismo fiero e intolerante, y sin embargo, tan común y generalizado, que de él están llenos los romances populares y las novelas de la época, y que el teatro nacional en más de una forma viene a ser su extraño y grotesco monumento (1851, I: 18).

Ticknor pone el dedo en la llaga y, aunque dista todavía de las conclusiones de Américo Castro en su imprescindible *España en su historia (Cristianos, moros y judíos)* (1948, después sustituido por *La realidad histórica de España*, 1954), es seguramente la diferencia más importante de su *History of the Spanish Literature* respecto de las posteriores *Historias literarias* preparadas por españoles, cortadas todas según el patrón catolicista que explicaban los meritorios trabajos de Marcelino Menéndez Pelayo. La razón podemos encontrarla, claro, en la condición de *outsider* de George Ticknor, un norteamericano con una educación laica completamente impensable en la España del XIX. Por lo demás, la conclusión de Ticknor es, en este sentido, que la nación española y su literatura están a finales del XVII (su *Historia literaria* se detiene a las puertas del XVIII) en un momento crítico, pues sus verdaderas raíces ya no marcan su devenir:

---

8. La cita procede de *El Paraíso Perdido* (1667; libro III, versos 474-475), de John Milton.

La antigua religión del país, rasgo el más visible y característico de la fisonomía nacional, y poderoso impulso que en los días de lucha con los árabes había casi obrado milagros, se hallaba ahora tan pervertida y cambiada de su verdadero carácter por una intolerancia calificada de virtud, que llegó a convertirse en un instrumento de opresión tal, cual nunca antes había conocido Europa [...]

Esta degradación de la lealtad y religión del país es la que fue inficionando el carácter nacional y socavando los cimientos en que estribaba la civilización española durante todo el siglo XVII; unas veces la vemos sobre la superficie, otras camina escondida bajo el aparato sombrío y gigantesco de la superstición y del despotismo, que la ocultan a menudo hasta a sus propias víctimas. [...] Finalmente, al acercarnos al término del siglo, no vemos ya más que Inquisición y despotismo [...], y en la época en que vivimos no es ya un problema que toda literatura apoyada en tales bases está muy próxima a su ruina (1951, III: 445 y 449-450).

Este aspecto de la religión, junto a la influencia perniciosa de las clases altas, más preocupadas en las modas extranjeras que en el propio carácter nacional, como veremos, son las notas más negativas que Ticknor reconoce en sus Diarios de viaje por España. Pero sigamos ahora con otro aspecto muy interesante sobre el carácter nacional de los españoles: la pasión por el placer de los españoles, en palabras del propio Ticknor.

### **2.3. Divertimientos pintorescos**

Al principio de sus Diarios de viaje por España, Ticknor afirma categóricamente:

Pero si su fanatismo [de los españoles] por la religión es tremendo, su fanatismo por el placer es mayor. Los paseos públicos ya están llenos a una hora temprana, y el atuendo de las mujeres, tan maravillosamente pintoresco, es un signo y una prueba de su coquetería, que un extranjero percibe al instante. Por la tarde hay bailes, sobre todo bailes públicos, llamados *pesetas*, por el dinero que se paga al entrar, donde todas las clases sociales acuden impacientes (p. 19).

Analizaremos, pues, en los siguientes subepígrafes este fanatismo por el placer a partir de las notas pintorescas que nos ofrece Ticknor, comenzando con una de las costumbres nacionales que considera más importantes: el paseo por el Prado. No por nada la eligió para describir el carácter nacional español en su citado artículo de la *North American Review*, justo antes de desarrollar otro gran divertimento español como son los toros, que también nosotros estudiaremos inmediatamente después.

#### **2.3.1. El paseo por el Prado**

El paseo por el Prado hace referencia a la extendida costumbre de las clases acomodadas de dejarse ver en sociedad. El paseo, pues, consistía en desfilar exhibiendo todo tipo de trajes y vestidos, así como en mostrar sus variados y ostentosos carruajes. Tanto los vestidos como los carruajes no

era raro que estuvieran inspirados en las modas francesas, que por su parte contaban con sus propios paseos sociales similares al del Prado, como el de las Tullerías de París. Explica Ticknor:

Sin embargo, divertido como es el desfile, ubicado en el Prado mayormente por la vanidad de la nobleza –que no tiene ninguna oportunidad excepto esta de exhibirse, sobre todo porque no hay otro paseo en Madrid o sus alrededores–, debería también ser mencionado que la costumbre común de utilizar mulas en lugar de caballos, que se extiende incluso a la familia real, y la gran proporción de carruajes anticuados y grotescos, cubiertos con todas las formas de pintura y dorados vulgares, hacen que este momento del desfile sea algo más que divertido para un extranjero (p. 62).

La descripción del Paseo del Prado se detiene pronto en el pintoresquismo de los vestidos femeninos y la donosura de las mujeres españolas:

El paseo a pie en el Salón<sup>9</sup> y en los paseos adyacente a él, no obstante, es completamente diferente. La mayor parte de las personas que concurren son mujeres. El traje nacional para ellas, que todas están obligadas a llevar –de la clase alta a la baja– en el momento en que aparecen en público, excepto cuando van en carruaje, está tan singularmente preparado para producir un efecto pintoresco y –debido a su uniformidad– para disimular cualquier defecto, que una colección de mujeres españolas con el traje nacional, incluso perteneciendo a diversas clases sociales, recuerda con frecuencia a los grupos que están ordenados cuidadosa y caprichosamente en el *ballet* de una ópera para crear un gran efecto en el escenario. Pero este efecto no se produce en ningún sitio tan llamativamente como en el Prado de Madrid, donde, por encima de todas las demás, las mujeres españolas se deleitan en acudir, y donde sus peculiares vestidos y modales pueden ser mejor exhibidos. Sin duda, el espectáculo mostrado aquí es totalmente único.

Sus oscuras basquiñas<sup>10</sup> resaltan tanto sus apasionadas fisonomías y sus ojos puros y penetrantes; hay tal gracia y coquetería en sus movimientos, en sus formas de llevar sus bellos velos, de saludarte con sus abanicos; y en la elegancia y gusto con que calzan sus pies, que cada vez que veo esta multitud singularmente pintoresca, mezclada con el gran número de oficiales de la guardia que están siempre allí con sus espléndidos uniformes, y que contrastan con el aún gran número de monjes y sacerdotes que visten trajes oscuros y severos, me cercioro de nuevo de que este es el cuadro en movimiento más sorprendente del mundo (pp. 62-63).

Es la misma fascinación que otros muchos viajeros románticos han constatado en sus libros de viajes o relatos, aunque habría que esperar todavía casi treinta años para que Prosper Mérimée escribiera su *Carmen* (1845). El Prado es, pues, el mejor lugar para admirar los divertimentos de las clases medias. Sin embargo, como el propio Ticknor afirma categóricamente:

---

9. Se refiere, claro, al conocido como Salón del Prado, cuyas reformas habían sido dispuestas por el ministro Conde Aranda recientemente.

10. Basquiña era una falda, normalmente negra, larga y con muchos pliegues, que se vestía para salir a la calle en ocasiones solemnes.

La gran diversión, la diversión nacional por antonomasia, la diversión que se come a todas las demás es la *fiesta de los toros*. Es pura y exclusivamente española. Y la pasión con la que la demandan todas las clases sociales, y según parece desde siempre, es inconcebible para alguien que no haya sido testigo de ello (pp. 66-67).

### 2.3.2. Los toros

La fiesta de los toros es uno de los aspectos más tópicos en la caracterización de la cultura española desde los primeros viajeros europeos, como, entre otros, el Marqués de Laborde, que dedicó dos extensas obras a España, *Voyage pittoresque et historique en Espagne* (1807-1818) e *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (1809), y que Ticknor tuvo muy en cuenta, como lo muestra el hecho de que siguieran itinerarios muy similares y coincidan en llamar la atención sobre varios aspectos comunes. Por su parte, los viajeros americanos no dejaron tampoco de destacar, y condenar, las corridas de toros. Así, por ejemplo, en la mencionada revista *North American Review*, publicada en Boston desde 1815 hasta 1840, se pueden encontrar pasajes donde se describe y critica una diversión que juzgan de una brutalidad y crueldad inadmisibles<sup>11</sup>. Ticknor se preocupa sobre todo de resaltar las costumbres españolas que dejan ver tras de sí el carácter nacional, por lo que a esta tan importante le dedica muchas páginas en sus diarios. Antes de nada, intenta averiguar las raíces de esta tradición, que incluso le llevan a remontarse hasta los griegos y romanos, para después detallar su desarrollo a lo largo de la Historia de España (*vid.* pp. 68-73). Su pintoresquismo y la pasión con que la vive el pueblo español le fascinan. Sus notas sobre las costumbres que giran en torno a un día de corrida y el propio arte del toreo son muy exhaustivas (*ibíd.*, pp. 73-86). Pero lo más curioso es cuando Ticknor describe su propia experiencia de asistir a una corrida de toros, de la que se ve forzado a salir antes de desmayarse:

Hasta aquí, el esplendor de las ceremonias, la animación de la multitud, más de la mitad compuesta por mujeres vestidas con sus pintorescos trajes nacionales, y el gran efecto de una masa de catorce mil personas que puede ser abarcada en su totalidad con un simple vistazo, hace de este el espectáculo en su clase más excitante e imponente que jamás haya visto.

[...] He visto esto porque estaba decidido a presenciar *todo* lo relacionado con esta diversión nacional tan extraordinaria. Pero no puedo entender cómo se le llama una diversión, pues es imposible concebir que algún ser humano haya sido creado para contemplarlo, si no es con repugnancia y aversión (pp. 76-77 y 79-80).

---

11. Estos son, además del citado de Ticknor, otros artículos sobre España en la *North American Review* que no olvidan, de una manera u otra, referir la fiesta de los toros: "New Documents concerning Columbus" (vol. 24, n.º 55, abril de 1827, pp. 265-295), "Spanish Devotional and Moral Poetry" (vol. 34, n.º 75, abril de 1832, pp. 277-316), "Cushing's Reminiscences of Spain" (vol. 30, n.º 87, julio de 1833, pp. 84-117) o "Prescott's Ferdinand and Isabella" (vol. 46, n.º 98, enero de 1838, pp. 203-292).

Con todo, el juicio, claro, es forzosamente negativo. No obstante, sus últimas reflexiones en torno a la pasión de los españoles por los toros están formuladas en una serie de preguntas retóricas, que dejan ver tras de sí el hecho de que Ticknor no termina de entender la razón que mueve a los españoles a amar este espectáculo y diversión:

Pero, después de todo, ¿qué son estos placeres? ¿qué es la impresionante grandeza de esta vasta multitud, el esplendor de estas ceremonias, esta audaz y asombrosa expresión del carácter popular y esta extraordinaria exhibición del triunfo de la destreza humana frente a la fuerza bruta, comparado todo ello con esta carnicería gratuita e inútil de tantos animales bravos y generosos, las horribles imágenes de crueldad que la arena ofrece a cada instante y las violentas pasiones desencadenadas, la dureza que imprime al corazón y al carácter, y la portentosa educación que así se da a las nuevas generaciones y al rudo populacho de una gran capital como Madrid? (p. 86).

Inmediatamente detrás de las corridas de toros, Ticknor explica que la otra gran diversión para los españoles en general es el teatro. Veamos.

### 2.3.3. El teatro

En sus Diarios de viaje por España, Ticknor deja constancia de una nueva prueba de la pasión de los españoles por los placeres en estos términos:

Pero es el teatro el que nos da la prueba de su pasión por los placeres; ya que, grande como es, no satisface a la gente con tan sólo una representación al día, y por tanto hay una a mitad de la tarde y otra al anochecer, y ambas están abarrotadas. Dudo si tal costumbre existe en cualquier otro sitio de Europa, y ciertamente ninguna otra costumbre puede expresar mejor el carácter de la gente (p. 19).

Como nos cuenta Ticknor, durante su estancia en Madrid aprovecha para ir a menudo al teatro, actividad que entiende como prolongación de sus clases de español, además de brindar una buena oportunidad para ver las grandes obras de los Siglos de Oro representadas ante un público español muy entregado:

Pero el [teatro de la] Cruz me parece más interesante porque allí se representan más piezas de origen nacional, escritas antes de que llegara la dinastía francesa. He asistido frecuentemente a ambos [teatros, el del Príncipe y el de la Cruz] como un medio para aprender la lengua. Especialmente si se representaba alguna de las obras tradicionales. Realmente todo lo que hay de nacional en ellas me deleita cada vez más (pp. 64-65).

Por supuesto, la representación pone de relieve algunas de las marcas de la identidad del pueblo español, así como otros asuntos etnográficos (vestidos, bailes populares...) que tanto le interesan:

Los antiguos trajes españoles, rigurosamente respetados, son tan espléndidos y elegantes; los viejos modales, que no son menos imitados y reputados,

tienen algo tan original y noble; y las obras en sí mismas están escritas en un estilo de poesía tan digno y elevado, aunque con frecuencia de mal gusto, que cuando la obra es de Lope, Tirso de Molina, Montalbán o Calderón creo que preferiría asistir al teatro español antes que a ningún otro, excepto al inglés<sup>12</sup>.

Tras la pieza principal se bailan con castañuelas algunos de sus maravillosos y elegantes bailes nacionales: el bolero, el polo, el fandango o las manchegas. Todo termina con lo que se llama un *sainete*, una pequeña pieza menos ridícula que nuestras *afterpieces*<sup>13</sup>. Este es a una obra normal lo que una anécdota a una novela y muestra la vida y los modales de las clases medias y bajas, que los actores españoles representan con más espíritu y menos caricatura que los de ninguna otra nación. El gran pecado de ambos teatros es que la mayoría de las piezas largas que representan son traducciones de comedias francesas corrientes, aunque hay que confesar que están mejorando en este aspecto, y que las obras nacionales se están poniendo más de moda y se representan con más frecuencia (pp. 65-66).

Señalemos muy brevemente que estos autores que cita Ticknor fueron considerados canónicos del denominado “teatro nacional”, según la terminología que se fue extendiendo en la Historiografía literaria española de la época. Es decir, el teatro nacional hacía referencia a aquel conjunto de obras (teatrales esta vez, aunque también existía la versión de “poesía nacional”<sup>14</sup>) que florecieron en la época de apogeo político de España – durante el reinado de Carlos V sobre todo, como queda dicho– y que mostraban claramente el espíritu popular español<sup>15</sup>. Las obras teatrales de Lope de Vega o Calderón de la Barca ofrecían para Ticknor muestras evidentes del espíritu popular español, cuya presencia era un auténtico índice de calidad. No es de extrañar, pues, que si Ticknor entiende la importancia de la literatura española proporcionalmente a su presencia del carácter nacional, como hemos visto; dedique dos de los cuatro volúmenes de su *Historia literaria* a este periodo que él precisamente acuñó definitivamente como *Siglo de Oro*, y que tanta fortuna ha tenido a lo largo de la Historiografía literaria española (vid. Blecua, 2004). Pero sigamos ahora con otro divertimento característicamente español para Ticknor: las tertulias.

---

12. Probablemente Ticknor está pensando en los autores canónicos ingleses del Renacimiento, como William Shakespeare, Christopher Marlowe o Ben Jonson.

13. Las anglosajonas *afterpieces* son piezas teatrales breves, normalmente jocosas y de un acto, muy parecidas pues a los sainetes, que se escenificaban después de la obra principal para terminar la función. Fueron muy populares durante los siglos XVIII y XIX.

14. Para no ir más lejos, este es un ejemplo de los diarios de Ticknor por España que hace referencia a los “romances nacionales” y su gran componente popular y folclórico: “La poesía de esta época, en especial los romances nacionales tan hermosamente salvajes, también está llena de corridas de toros en Sevilla, Ocampo, Medinaceli, Granada, etcétera, donde moros y cristianos con frecuencia se mezclaban en la misma fiesta” (p. 70).

15. A este asunto de los géneros nacionales le he prestado algo más de atención en el trabajo citado “El concepto de *nación* en la Historiografía literaria española” (Martín Ezepeleta, 2008b: 451-455).

### 2.3.4. Las tertulias

Estas reuniones sociales le ofrecían a nuestro curioso viajero la oportunidad de conocer las clases medias-altas, así como aquellos divertimentos un poco más selectos. Pronto comprobó Ticknor que todo giraba en torno al acto de recibir gente en casa y emplear el tiempo en triviales conversaciones y juegos. Lo que para los nobles españoles era todo un signo de distinción, para Ticknor, en cambio, suponía un ejemplo de mal gusto y grosería. Esta es la descripción de una de ellas:

La del Marqués de San Iago era la casa más auténtica y completamente española que estaba abierta a los extranjeros en Madrid; la más española, pues, además de elegante y espectacular, ya que él es uno de los primeros nobles de la clase alta y extremadamente rico. La tertulia en su casa se reunía entre las diez y las once cada noche, y estaba compuesta por aquellos nobles que accedían a salir de sus propias casas. La diversión era jugar, y casi todos los caballeros fumaban. Muchos acudían mal vestidos, y todos eran ruidosos, groseros en sus modales y hasta cierto punto brutos. Era, sin embargo, considerada la más elegante y de moda y, en efecto, era la más numerosa y espléndida tertulia típicamente española de Madrid que pude ver (p. 93).

Incluso en otra ocasión establece un subcategoría de las tertulias, las tertulias provincianas, que, como cabe esperar, no son tampoco muy bien consideradas por nuestro autor:

Este bello espectáculo duró hasta después de la puesta de sol. Después fui a casa y tomé una taza de té y una sobria comida conversando con el Conde Guaiacui. Tras esto, pasamos una noche muy agradable en casa del gobernador, donde vi una auténtica tertulia española *provinciana*, tan *provinciana* que lamentaría tener que asistir con frecuencia, pues, excepto la señora de la casa, que es una catalana viva y habladora, rara vez he visto una docena de personas más aburridas y poco interesantes en mi vida (p. 115).

Y es que, como un poco más adelante insistiremos, Ticknor muestra mucho mayor interés y admiración por las clases bajas, donde considera que se encuentra el verdadero carácter nacional. Con algunas pocas excepciones, las clases altas españolas le merecen muy mala opinión<sup>16</sup>, pues sus

---

16. En una ocasión escribe, por ejemplo, Ticknor en sus diarios: "Con una clase media así de oprimida e ignorante, una nobleza tan bruta e indigna y una Corte peor que todo lo que tiene por debajo, los extranjeros que por accidente, curiosidad u ocupación acaban en Madrid se refugian en su propia sociedad. Los puntos de unión y reunión son las casas de las diferentes personas que pertenecen al *corps diplomatique*. Así, todos los extranjeros que han sido criados en una sociedad más refinada y respetable, junto con unas pocas familias españolas, quienes por vivir en países extranjeros han tomado algo de la cultura y modales extranjeros, como la Duquesa de Osuna, la Marquesa de Mos, el Marqués de Santa Cruz, el Príncipe de Anglona, etcétera, forman un círculo completamente diferente de la nobleza española, y con un tono y carácter distintos" (p. 90). Este es otro fragmento de los Diarios de viaje por España donde se muestra la resignación de Ticknor sobre la posibilidad de encontrar personas cultas en España: "Las pocas personas que conocí, especialmente las mujeres, respondían bien al tópic carácter en cuanto a gracia, delicadeza y alegría, presente desde el tiempo de Marcial hasta el de Lord Byron. Pero, como es bien sabido, hay pocas personas que se puedan tener en alta estima por su cultura" (p. 151).



costumbres le parecen descaradamente ordinarias en comparación con las que conoció en Estados Unidos, Alemania o Francia, por ejemplo. Entre estas excepciones se encuentra el caso de su admirada Condesa de Teba, María Manuela Kirkpatrick, “la mujer más culta e interesante de España” a juicio de Ticknor:

Conocí a la señora de Teba en Madrid, cuando estuvo de visita el verano pasado. Y según lo que vi de ella entonces y aquí donde la he visto todos los días, no hay duda de que es la mujer más culta e interesante de España.

Joven y bella, educada estricta y atentamente por su madre, una escocesa quien, para este propósito, la llevó a Londres y París, lugares donde la mantuvo entre seis y siete años. Posee talentos extraordinarios y le da un aire de originalidad a todo lo que dice y hace. Reúne, del modo más fascinante, la gracia y franqueza andaluza, una sencillez francesa en sus modales, y un genuino rigor inglés en sus conocimientos y habilidades. Conoce bien las cinco lenguas modernas principales, y comprende sus diferentes caracteres y aprecia sus literaturas notablemente. Posee los talentos extranjeros de cantar, actuar, pintar, etcétera, y el nacional de bailar, y todos ellos con maestría. Conversando es brillante y original. Y, aun así, con todo esto, es una verdadera española, y está tan llena de sentimientos españoles como lo está de talento y cultura (pp. 143-144).

Es curioso que Ticknor fuera subyugado por la Condesa de Teba, como también lo fue tiempo después otro viajero romántico al que ya nos hemos referido, Prosper Mérimée, del que se afirma que encontró inspiración en la Condesa de Teba para escribir su *Carmen*. En fin, si esta es la mujer más interesante de España, bien se podría colegir que el Duque de Rivas (Ángel de Saavedra), también andaluz como la Condesa de Teba, sería su homólogo masculino según la descripción de Ticknor:

El Duque [el padre de Ángel Saavedra, Juan Martín de Saavedra] es un auténtico noble andaluz: amante de la caza y los caballos, encantado de vivir entre sus propios vasallos y promoviendo una agricultura moderna; un soldado bravo y exitoso, y un diestro picador. Don Ángel, a quien ama, según me ha dicho, con mucho afecto, es ciertamente uno de los hombres jóvenes más extraordinarios que he encontrado en España.

Posee una buena figura y una bella cara que trasluce genio. Ha escrito varias obras, que han sido bien recibidas en los teatros españoles; y ha pintado una importante pieza, de la que se ha hablado mucho en la última exhibición de Madrid. Es además un bravo guerrero como César, pues tiene once heridas serias en su cuerpo recibidas de los franceses. Y, con todo esto, es muy modesto, sencillo y elegante en sus modales, además de un genuino andaluz en la alegría de su temperamento, en su habilidad como jinete, su amor por las corridas de toros y su destreza como picador.

Realmente pasé muy feliz mis tardes con ellos. Las diversiones eran bailar, cantar, etcétera. La tarde antes de mi marcha, danzaron sus bailes nacionales con sus trajes típicos para satisfacer mi curiosidad, y estuve casi hasta el amanecer como si fuera un andaluz más (pp. 132-133).

Pero centrémonos ahora con más detalle en las clases sociales menos favorecidas, las preferidas de Ticknor en tanto en cuanto se muestra en ellas mucho más presente el carácter nacional español y sus virtudes morales.

## 2.4. Virtudes populares

A lo largo de las últimas páginas de este trabajo ya hemos constatado la mala opinión que le merecen a Ticknor las clases altas españolas<sup>17</sup>. La idea es que desde la llegada de los Borbones a principios del siglo XVIII se ha extendido un gusto por lo extranjero, relegando a un lugar secundario el carácter nacional español. A juicio de Ticknor, la situación en 1818 con Fernando VII en el trono es el peor momento del espíritu del pueblo español desde sus orígenes. Tras la guerra y el ajuste de cuentas con los afrancesados, el gobierno no presta ninguna atención a sus intelectuales y su pueblo, que vive en la miseria más absoluta. En este punto, Ticknor no esconde ni mucho menos su profunda admiración por el carácter del pueblo español, cuyas cualidades considera que nacen de una suerte de primitivismo:

Rindo homenaje al carácter español, y especialmente al aragonés. Confiaría mi cartera o mi vida sin dudar a un aragonés de la clase más baja. Pero esta robustez física proviene de su necesidad de civilización. Hasta este momento, el aragonés sabe poco de las conveniencias y nada de las comodidades de la vida. Y es que estaba tan lejos de todo esto durante los sufrimientos de un sitio, como casi lo estaba en sus tierras yermas, estériles y sin alegría, donde con frecuencia carecía de los medios de subsistencia suficientes casi la mitad del año (p. 27).

El contraste con la siguiente cita de los Diarios de viaje por España donde Ticknor valora la labor de los dirigentes del país es clara; nótese, además, cómo resalta las clases bajas y sus costumbres populares:

Pero examinemos ahora Madrid desde otros puntos de vista que lógicamente también han de ser examinados: su gobierno; sus instituciones públicas; el carácter de su cultura; el estado de las artes, especialmente aquellas que se relacionan con los modos y medios de vida; la naturaleza del público y los entretenimientos generales; el carácter de la gente en general y el tono de la sociedad más refinada.

En mi opinión, en todos estos aspectos, aunque he encontrado alguno digno de elogio (especialmente en lo que se refiere a las clases bajas, cosa que me

---

17. Comentarios como el que sigue no dejan lugar a dudas: "No obstante, cuanto más te acercas a las clases altas de la sociedad española, menos se parecen al tipo de clase social correspondiente. Como faltan casi todos los medios para una instrucción respetable, la clase media no tiene de ningún modo el carácter fuerte y decidido que tiene en otros países. A excepción de los de la costa, no tienen la ambición de acumular riqueza; porque eso no les proporcionará un mayor rango en la sociedad. Como son prácticamente ignorantes, llevan una vida holgazana, aburrida e indigna, en general. Así pues, cuando descubres un hombre que, por la mera fuerza de su propio carácter, se eleva por encima del nivel de esta clase, puedes estar casi seguro de haber encontrado a alguien notable y distinguido" (pp. 87-88).

agrada mucho por ser notable, nueva y curiosa, especialmente cuando las costumbres populares están presentes), he encontrado muchos más lamentables que merecen desaprobación (p. 38-39).

Bien avanzados sus Diarios de viaje por España, Ticknor dedica dos epígrafes, titulados “El carácter popular” y “El carácter nacional”, a analizar ya con cierto conocimiento de causa las virtudes del pueblo llano español. En estos apunta, además, como ya habrá quedado de manifiesto a lo largo de este trabajo, algunas pequeñas diferencias entre los habitantes de unas provincias españolas y otras<sup>18</sup>:

Estos diferentes caracteres son tan marcados según las diversas provincias que parece como si hubieras cambiado de país cada vez que pasas de una a otra. Pero aún así hay algunos rasgos comunes a todos ellos. Uno de los más llamativos –y uno, en mi opinión, en el que están basadas muchas de sus virtudes nacionales– es un tipo de rectitud instintiva, que los previene del servilismo.

He visto las clase más baja del pueblo, como jardineros, albañiles, etcétera, que quizá nunca hayan visto al Rey en sus vidas, de repente interpelados por él. Pero nunca he encontrado a ninguno de ellos dudar, enrojecerse o estar confuso de alguna manera por estar frente a la superioridad de la realeza. Y en un país donde el nocivo lujo de tener un gran número de sirvientes es tan opresivo, es curioso ver con qué familiaridad tratan a sus amos. Por ejemplo, cuando participan en la tertulia de la Duquesa de Osuna corrigiendo sus afirmaciones mientras esperan en la mesa, etcétera; pero en todos los casos y circunstancias sin faltar por un instante el respeto más genuino y natural (pp. 86-87).

Y es que Ticknor, más allá de sus prejuicios románticos alimentados en los diarios de otros viajeros extranjeros o las lecturas del teatro áureo español, a lo largo de su recorrido por España se ha forjado una opinión muy positiva del pueblo llano español. Esta rectitud instintiva de la que hablaba en la cita anterior es varias veces corroborada, como, por ejemplo, cuando conoce a un empleado de correos que, al pensar que Ticknor está en apuros económicos, intenta ayudarlo poniendo de manifiesto “una prueba singular de la hospitalidad y lealtad españolas”:

Aquí [Madridejos, Castilla La Mancha] encontré una prueba singular de la hospitalidad y lealtad españolas. Mi licencia para el correo estaba aprobada por una orden personal del ministro, según la cual los jefes de las oficinas de correos debían recibirme con atención y proporcionarme cualquier ayuda que pudiera necesitar. El de Madridejos mostró, desde el momento en que entré en su casa, un tipo de obediencia solemne a esta orden que me llamó poderosamente la atención.

---

18. Básicamente estas diferencias –se trata, como se habrá comprobado, de algunas notas sin ánimo de apurar el asunto ni mucho menos– solamente se establecen en los Diarios de viaje por España entre los aragoneses, muy bien considerados por su espíritu de sacrificio, y los andaluces, más caracterizados como personas de trato hospitalario. Con todo, siempre se piensa en un genio nacional español que es el que verdaderamente engloba estas características.

Me relató una historia de un robo en el que se sustrajeron tres mil reales, y yo contesté que en un caso similar me hubieran quitado menos. Entonces le dio la impresión de que yo podía estar necesitado de dinero. Así pues, me dio a entender antes de nada que si necesitaba cualquier cosa, con toda la seguridad él me proporcionaría lo necesario. Y al no contestarle directamente, insitió más. En seguida me ofreció dinero, y no se dio por satisfecho hasta que le probé que ni lo necesitaba ni tenía miedo de necesitarlo. No fue un ofrecimiento formal; estoy seguro de que le podría haber pedido la cartera o incluso la casa a ese hombre (p. 121).

La hospitalidad española es otra idea recurrente en los diarios de Ticknor. Este es un ejemplo:

De aquí fui de nuevo a casa del obispo, y comí en un ambiente muy sencillo y patriarcal. Tras la comida, el secretario con verdadera hospitalidad española montó su caballo y viajó de vuelta conmigo a San Ildefonso, donde el Conde Guaiaqui vino y pasó la tarde conmigo” (p. 118). En esta otra cita, además, especifica que se trata de una hospitalidad muy característica de los andaluces: “Los habitantes, me refiero a aquellos que conocí en una visita de sólo tres días, los encontré hospitalarios, como el espíritu del comercio siempre hace a la gente; y francos, abiertos y alborotados, como todo el mundo sabe que son los andaluces. El Conde Cabarrús y su familia, así como la casa del señor Rouse, hubieran hecho cualquier cosa por mí y, de hecho, hicieron mucho (p. 143).

Desde luego, Andalucía es una de las partes de la Península Ibérica que más sorprende a Ticknor. Su pintoresquismo está a la altura de las expectativas que sus lecturas sobre España habrían creado. Pero lo que nos interesa ahora es mostrar cómo Ticknor pone en relación a los andaluces con el sustrato árabe, del que concluye que ha dejado importantes huellas en la configuración del carácter nacional español. Entrando en Granada escribe sin ambages:

Todo esto está dispuesto según el estilo luminoso, alegre y lujoso de la arquitectura de los árabes, que marca tan singularmente el carácter peculiar de su genio e imaginación, y es tan diferente de la severa puridad del gusto griego y romano, y de la lúgubre grandeza del espíritu del Norte. Además, los distintos grados en que todo está conservado o en ruinas añaden mucho al efecto general del conjunto (p. 138)<sup>19</sup>.

---

19. Sus comentarios son parecidos cuando se refiere con más detalle a monumentos o ciudades concretas, como la Mezquita de Córdoba (*vid.* p. 133) o Granada: “Es una buena ciudad, como cualquier otra, con unas pocas casas buenas pertenecientes a la nobleza; pero lo que más me impresionó fue el carácter moro que aparece con tanta frecuencia. Primero lo noté en la curiosa forma, disposición y esplendor del mercado de la seda, que es sustancialmente como era en el siglo XV. Luego, en los más vistosos y ricos trajes de la gente, en las pinturas de la parte exterior de sus casas o en los minuciosos y delicados adornos de su arquitectura, así como en los toldos de sus patios, en sus barandillas y en la profusión de aguas distribuidas a través de sus casas, tal que a veces tienen un *jet d'eau* en cada habitación. La última cosa en que lo advertí fue en su lenguaje, como en su saludo: «Dios guarde a vuesta merced», y en su acento, que hace la *h* gutural, como en *Alhambra*, *Alhama*, *harto*, etcétera, todas las cuales son completamente moras. Y a todo esto hay que añadir el estilo general de las costumbres y vestimentas de la gente corriente” (p. 140).

Por lo demás, Ticknor aprecia el carácter alegre de los andaluces, como queda claro, por ejemplo, en este fragmento sobre las ferias en Sevilla:

Yo solía caminar en esa dirección [afueras de Sevilla] durante media hora por la tarde para ser testigo y disfrutar de esta singular y llamativa exhibición de la alegría y de la ligereza de corazón del carácter popular. Este, como el romano, nunca cae en el exceso, como sí sucede con el carácter del Norte; ya que en Londres o Berlín no podría darse tal multitud insultándose unos a otros –como yo presencié– sin terminar todo en varias peleas (p. 167).

Pero volviendo a la comentada rectitud instintiva de los españoles, hay que destacar que Ticknor posee una confianza tan férrea en esta que incluso apunta que, frente a la leyenda negra de asalta caminos, ladrones, etcétera –y que antes de entrar a España preocupaba tanto a Ticknor–, no hay ningún motivo para el recelo. En los Diarios de viaje por España llega a afirmar que la policía es prácticamente innecesaria en un país donde los delitos son casi siempre menores (nótese la definición del carácter nacional):

No hay apenas policía. Una pequeña vigilancia en las calles durante la noche y unos pocos alguaciles –que son casi tan eficientes como nuestros guardias– durante el día constituyen toda su dotación. No es que se necesite, puesto que hay pocos delitos entre las clases bajas (algún robo insignificante y pequeñas riñas y disturbios) en los que la policía pueda intervenir. Si se comete un crimen, este es como el carácter nacional: serio y llamativo. De la policía secreta política, no hay conocimiento ni perspectiva de que la haya. El gobierno no está todavía suficientemente civilizado para hacer uso de una maquinaria tan delicada (p. 43).

Sobre este aspecto, el pasaje de los diarios más novelesco es aquel que nos relata el viaje de Ticknor desde Sevilla a Lisboa junto a una banda de contrabandistas. Al parecer, esta era la manera más fácil y segura de recorrer este camino, así que Ticknor, no sin cierto temor al principio, se une a un grupo de misteriosos hombres que muy pronto se le revelan como magníficas y auténticas muestras del pueblo español y su carácter nacional:

Aun así, en mi caso, debo decir que rara vez he pasado ocho días más interesantes por la novedad y rareza de todo: dormir al raso cada noche –excepto una y, en ese caso, en la casa del jefe de nuestra banda–; comer bajo los árboles al mediodía; vivir en un equilibrio de perfecta igualdad y buena camaradería con gente a la que se le puede disparar o colgar según las leyes de su país en cualquier momento; o llevar una vida ciertamente tan nómada como si fuera un árabe o un mameluco. Por todo esto, pronto llegué a tener algo del mismo tipo de alegre temeridad que distinguía el carácter de mis compañeros.

En conclusión, disfruté de buen ánimo todo el camino, y no tuve prisa por llegar a la frontera de Portugal. Allí me despedí del único país en el mundo donde podía haber llevado tal vida. El único, en efecto, donde habría sido más seguro estar bajo la protección de contrabandistas y personas al margen de la ley, que bajo la del gobierno, contra el cual se constituyen (p. 170).

Este último párrafo, que condensa las impresiones de Ticknor de todo su viaje por España, cierra la parte de los diarios dedicada a España. Recapitulemos nosotros también ahora para terminar algunas de nuestras conclusiones en un apartado a tal efecto.

### 3. ETOPEYA NACIONAL

El estudio del carácter nacional, como señalábamos en nuestra introducción, se sirve de un método deductivo, que es propio del positivismo y su aplicación al estudio de las ciencias. Así se entenderá la metáfora extendida de que una *Historia* escrita desde el punto de vista del carácter nacional puede definirse como una *biografía nacional*, en tanto en cuanto narra la vida de la nación como si de un ser humano se tratara. En el caso de los Diarios de viaje por España de George Ticknor, sin embargo, parece más adecuado sustituir esta metáfora biologicista –recurso tan recurrente en la Historiografía– por la de *etopeya nacional*. Según la Retórica clásica –y el *Diccionario de la Real Academia*, por el que citamos–, la etopeya es aquella ‘descripción del carácter, acciones y costumbres de una persona’. Este viene a ser precisamente, de mayor a menor importancia, el cometido de Ticknor en sus Diarios de viaje por España: describir y entender las costumbres, las acciones –léase acontecimientos históricos– y, en suma, el carácter de los españoles.

A lo largo de este trabajo, a partir, de un lado, de las costumbres de los españoles de principios del XIX, como el paseo por el Prado, las tertulias, o de sus particulares aficiones, como el teatro y la gran fiesta nacional de los toros; y de otro, de la revisión de algunos de los sucesos históricos de España más determinantes, como las grandes batallas contra los romanos o la reciente Guerra de la Independencia española, y la repercusión de la Contarreforma y la Inquisición, que tan claros testimonios eran respectivamente del espíritu aguerrido y patriótico de los españoles, así como de su fanatismo religioso, según el autor de los Diarios de viaje por España; a partir de estas costumbres y sucesos históricos hemos podido acercarnos a las que Ticknor considera que son algunas de las claves definitorias del carácter nacional español, a la descripción del carácter nacional español.

En los Diarios de viaje por España, el norteamericano George Ticknor se interroga no poco sobre el carácter de los españoles; aunque no es en esta obra donde pretende llegar a las reflexiones más elaboradas, pues se trata de su primer acercamiento al *Volksggeist* español. La obra en la cual desarrolla por extenso su idea sobre el carácter nacional español es su ímproba *History of the Spanish Literature*, que inaugura en 1849, con un grado de erudición muy notable, el género de las *Historias literarias* nacionales para el caso español. Este estudio –basado, como confiesa el autor en el prólogo, en su viaje por España de 1818, del que los Diarios de viaje por España son su mejor documento–, recorre sistemática y cronológicamente el carácter nacional español, rastreándolo en todos los acontecimientos históricos y obras literarias fundamentales de España, a los que une sus propias experiencias en el país durante 1818.

La conclusión última, que ya se dejaba ver en sus Diarios de viaje por España, es que el carácter nacional español se ha ido debilitando desde el siglo XVII y se encuentra a principios del XIX en su peor momento. Para Ticknor, el destino del carácter nacional está en manos de unos dirigentes que no

hacen honor a la gloriosa historia de los españoles, pues están mucho más preocupados en las costumbres palaciegas francesas que en cuidar de su pueblo, el principal portador de la nación y testimonio vivo de su grandeza. Pero esto es ya otra historia historiográfico-literaria que merece capítulo aparte.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABAD NEBOT, Francisco. *Caracterización de la literatura española y otros estudios*. Madrid: UNED, 1983.
- ABUÍN GONZÁLEZ, Anxo; TARRÍO VARELA, Anxo (eds.). *Bases metodológicas para unha historia comparada das literaturas da península Ibérica*. Santiago: Universidad de Santiago, 2004.
- ALONSO, Dámaso. "Escila y Caribdis de la literatura española". *Obras completas. Góngora y el gongorismo*. Madrid: Gredos, 1978, vol. 5; pp. 243-258. [Originariamente fue el discurso que pronunció Dámaso Alonso en el Ateneo de Sevilla en la conmemoración del centenario de la muerte de Góngora en 1927; 1.ª ed., *Cruz y Raya*, n.º 7, 15 de octubre de 1933; pp. 77-102].
- ÁLVAREZ JUNCO, José. *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BAASNER, Frank. *Literaturgeschichte in Spanien von den Anfängen bis 1868*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1995.
- BELTRÁN ALMERÍA, Luis; ESCRIG, José Antonio (eds.). *Teorías de la historia literaria*. Madrid: Arco/Libros, 2004.
- BLECUA, Alberto. "El concepto de Siglo de Oro". En: ROMERO TOBAR, Leonardo (ed.). *Historia literaria/Historia de la literatura*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 2004; pp. 115-160.
- CARO BAROJA, Julio. *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*. Madrid: Seminarios y Ediciones, 1970.
- DEWEY AMNER, F. "Some Influences of George Ticknor upon the Study of Spanish in the United States". *Hispania*, vol. 11, n.º 5, noviembre de 1928; pp. 377-395.
- EVEN ZOHAR, Itamar. "La función de la literatura en la creación de las naciones de Europa". En: VILLANUEVA, Darío (ed.). *Avances en Teoría de la Literatura*. Santiago, Universidad de Santiago, 1994; pp. 357-377.
- FARINELLI, Arturo. *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*. Roma: Accademia Nazionale dei Licei, 1979, 4 vols.
- FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis. "La literatura española en los Estados Unidos: historia de sus historias". En: ROMERO TOBAR, Leonardo (ed.). *Historia literaria/Historia de la literatura*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 2004; pp. 253-272.
- FOX, Inman. *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra, 1997.
- FUSI, Juan Pablo. *España. La evolución de la identidad nacional*. Madrid: Temas de hoy, 2000.

- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos. *Diccionario de viajeros españoles. Desde la Edad Media a 1970*. Madrid: Ollero y Ramos, 2004.
- GELLNER, Ernst. *Naciones y nacionalismo*. Alianza: Madrid, 1988.
- GUILLÉN, Jorge; DÍAZ DE CASTRO, Francisco J. (ed.). *Obra en prosa*. Barcelona: Tusquets, 1999.
- HABERMAS, Jünger. *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Tecnos, 1989.
- HART, Thomas R. "George Ticknor's *History of Spanish Literature*. The New England Background". *PMLA*, vol. 69, 1954; pp. 76-88.
- HILLARD, George S. *Review of Ticknor's "History of Spanish Literature"*. Cambridge: Metcalf and Company, 1850.
- JAKSIC, Iván. *Ven conmigo a la España lejana. Los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- JUARISTI, Jon. *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*. Madrid: Siglo XXI, 1992.
- KAGAN, Richard L. (ed.). *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*. Urbana: University of Illinois Press, 2002.
- LABANYI, Jo (ed.). *Constructing Identity in Contemporary Spain. Theoretical Debates and Cultural Practise*. Nueva York: Oxford University Press, 2002.
- MAINER, José-Carlos. *Historia, literatura, sociedad (y una coda española)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
- MARAVALL, José Antonio. *Teoría del saber histórico*. Madrid: Revista de Occidente, 1961. [1.ª ed., 1958].
- MARTÍN EZPELETA, Antonio. *Las Historias literarias de los escritores de la Generación del 27*. Madrid: Arco/Libros, 2008a.
- . "El concepto de *nación* en la Historiografía literaria española". En: ROMERO TOBAR, Leonardo (ed.). *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 2008b; pp. 433-465.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Los españoles en la historia y en la literatura. Dos ensayos*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1951.
- MEREGALLI, Franco. "George Ticknor y España". En: SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo (coord.); CARBONELL, Marta Cristina (ed.). *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1989, vol. 2; pp. 413-426.
- NÚÑEZ RUIZ, Gabriel; CAMPOS FERNÁNDEZ-FÍGARES, Mar. *Cómo nos enseñaron a leer. Manuales de literatura en España, 1850-1960*. Estudio preliminar de Juan Carlos Rodríguez. Toledo: Akal, 2005.
- ONAINDÍA, Mario. *La construcción de la nación española. Republicanismo y nacionalismo en la Ilustración*. Barcelona: Ediciones B, 2002.
- ORTAS DURAND, Esther. *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", 1999.
- . "Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajeros por España en los siglos XVIII y XIX". En: ALMARCEGUI ELDUAYEN, Patricia; ROMERO TOBAR, Leonardo (coords.). *Los libros de viaje. Realidad vivida y género literario*. Madrid: Akal, 2005; pp. 92-103.



Martín, A.: Notas sobre el carácter nacional español. El caso de los Diarios de viaje por España...

- . *Leer el camino. Cervantes y el "Quijote" en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2006.
- PÉREZ ISASI, Santiago. *Identidad nacional e Historia de la literatura española (1800-1939)*. Tesis doctoral inédita dirigida por los profesores José María Pozuelo Yvancos y Elena Artaza Álvarez. Universidad de Deusto, 2008.
- POZUELO YVANCOS, José María. "Ángel Valbuena: La renovación de la Historiografía literaria española". *Monteagudo*, 3.ª época, n.º 5, 2000; pp. 51-69.
- RAMOS CORRADA, Miguel. *La formación del concepto de historia de la literatura nacional española. Las aportaciones de Pedro J. Pidal y Antonio Gil de Zárate*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2001.
- RATHBUN, John W. "The Philosophical Setting of George Ticknor's *History of Spanish Literature*". *Hispania*, vol. 43, n.º 1, marzo de 1960; pp. 37-42.
- ROMERA NAVARRO, Miguel. *El hispanismo en Norte-América. Exposición y crítica de su aspecto literario*. Madrid: Renacimiento, 1917.
- ROMERO LÓPEZ, Dolores (ed.). *Naciones literarias*. Madrid / Barcelona: Servicio de Publicaciones de la Editorial Complutense de Madrid / Anthropos, 2006.
- ROMERO TOBAR, Leonardo. *La literatura en su historia*. Madrid: Arco/Libros, 2006; pp. 217-227.
- (ed.). *Historia literaria/Historia de la literatura*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 2004.
- (ed.). *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 2008.
- TICKNOR, George. "Amusements in Spain. Recollections of the Peninsula". *North American Review*, vol. 21, n.º 12. Boston, julio de 1825; pp. 52-78. [En el artículo no figura la autoría de George Ticknor].
- . *Life, Letters, and Journals of George Ticknor*. HILLARD, George S.; et al. (eds.). Boston: Johnson Reprint Corporation, 1968, 2 vols. [1.ª ed., 1876].
- . *Ticknor's Travels in Spain*. Edición de G.T. Northup. Toronto: The University Library, 1913.
- . *Historia de la literatura española*. Traducida al castellano, con adiciones y notas críticas de Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia. Madrid: Rivadeneyra, 1851, 4 vols. [1.ª ed., 1849].
- . *Diario*. Prólogo y traducción de Antonio Dorta. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1952.
- TYACK, David B. *George Ticknor and the Boston Brahmins*. Cambridge: Harvard University Press, 1967.
- WULFF, Fernando. *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica, 2003.